

ritu; si un indio cauteloso dejara susurrar el canto que él no sabe, si la tierra de América pudiera reflejarse desnuda sobre el paisaje de un libro fiel, entonces diríamos que está naciendo el novelín. Y el novelín sería un indicio, una salida tímida, la primera salida de América incógnita: la revelación del continente desconocido». (Página 209).

Esta busca de la expresión de América, por encima de lo que tiene de mal asimilado su cultura y de lo que entraña de insincero su estructura, es lo que nos identifica y acerca al pensamiento de Arciniegas. Lo que él ha expresado con bellas y maduras palabras es lo mismo que desde aquí, como de otros puntos del continente, toma forma en las nuevas ideologías y alimenta los impulsos creadores de múltiples espíritus. No poco agrado debemos a Arciniegas por habernos acercado a su novelín, cuyo secreto encanto reside en la ancha senda que conduce hacia insospechados panoramas desde sus intuitivas y hermosas páginas. Con ellas se enriquece y acrecienta la literatura colombiana, que ha producido ya un Rivera, un Carrasquilla, un Sanín Cano, un Osorio Lizaraso, un López de Mesa, un Uribe Piedrahita, un Fernando González y un Armando Solano.—RICARDO A. LATCHAM.



UNA ESPECULACIÓN ACERCA DE LA FUTURA CULTURA DE AMÉRICA

Considerando «la caótica mentalidad del mundo actual», frente a esta hora de tan profundo sentido materialista, José G. Antuña se pregunta si es oportuno ocuparse en «los prístinos temas de cultura», que se examinan en su libro, recientemente aparecido, «El Nuevo Acento». La respuesta es precisa. Se trata de la futura cultura de América; y para Antuña lo que América reclama «es crear su historia, que no es otra cosa que elaborar su propio sentido espiritual; la afirmación de su presencia y la

soberanía de su voluntad, contra la fuerza ciega y el sedimento de los hechos consumados y el despotismo de los ajenos atributos». Ni tribulación, pues, ante la inmediata realidad, ni una esperanza a corto plazo. La que se cierne sobre estas páginas, fundada en el afán de cada día, encareciendo la disciplina del esfuerzo, se remonta al porvenir, sin que le arredre ninguna lejanía.

Claro fervor y ahincada sed queda a través de esta especulación. Atiende ella a indagar cuál será la nota que América incorpore a la cultura humana; cuál su expresión original y propia en el orden de las ideas del pensamiento y de la sensibilidad; cuál, en suma, lo que el autor llama «el nuevo acento», por alusión al sentido de la civilización, al concepto del arte y de la vida que hayan de definir o precisar nuestros pueblos de habla española o portuguesa. En su tenaz indagación considera Antuña el pasado, abarca la evolución social de Hispanoamérica, observa el fenómeno literario, examina obras y figuras representativas, repara en la formación cosmopolita, aborda el tema del nacionalismo, el del paisaje como expresión del continente, el del idioma, el de la colaboración de España y América. . . Su solicitud se extiende desde el indio hasta la realidad actual. Agrupa, por tal modo, en torno de una preocupación dominante y de un concepto substancial, una materia a menudo tratada fragmentariamente. Si aconseja a estos pueblos la universalidad, condiciona esa universalidad sometiéndola «al control de disciplinas severas frente a lo caduco o lo funesto de las viejas civilizaciones». Así, dentro del pensamiento que este libro expone y desarrolla, la originalidad americana surgiría de la concentración de la ajena experiencia con la propia genialidad, que impondría a aquélla las rectificaciones de una nueva conciencia.

Apenas si cabría ya notar con cuanta razón en el estudio preliminar que trazara para la obra, ha apuntado Valer y Larbaud como el autor «se empeña no tanto en imaginar lo que podría resultar el porvenir material de los Estados surgidos de la colonización española y portuguesa, sino más bien en determinar las

características intelectuales, el «nuevo acento», que ofrece este conjunto, como contribución propia y aporte personal, puede decirse, al desarrollo futuro de la civilización». Y a este respecto, observa agudamente el escritor francés que «los grandes acontecimientos políticos, es decir, marcados con el carácter de adaptación, defensa y progreso humanos, son todos de origen intelectual y como la emanación de la «historia interna».

Mas señalamos ya que «el nuevo acento» está en estas páginas vibrantes, en el orden de preocupaciones que ellos denuncian, en el pensamiento que la inspira, en el propósito de que se nutren, en la aspiración que trasuntan, en la clara esperanza que interpretan. Y notemos que, si por una parte, esta última mantiénese enhiesta frente al desconcertante—y desconcertado—panorama de nuestro tiempo, como brotada de un mundo nuevo y cuyo destino es ése: alentar la nueva esperanza; por otra, no tiene prisa, porque ante la juventud extiéndese el vasto horizonte.

Pero es éste que examinamos un libro de plena madurez espiritual. Y es que en el ensayo, como en la crítica y como en la novela—formas que por cierto no aparecen de improviso—se anuncia ya, vigoroso, «el nuevo acento». El sentimiento, pero no sólo el sentimiento, sino también la idea de la predestinación de América, la preocupación de su futuro, como presencia y como influencia en la marcha de la civilización, se constituye en objeto de una alta y grave solicitud. En la ruta de quienes primero experimentaron la inquietud americanista; ampliando o aclarando la perspectiva por ello tendida; sumando a su visión nuevas visiones, o dando realidad a sus anhelos, promesas y esperanzas, el americanismo—no el que retóricos insubstanciales y políticos intrascendentes suelen postular, sino el que en la obra literaria como en el terreno especulativo afánase por hallar su expresión—está justificando las expectativas más confiadas. «El Nuevo Acento» es un aporte verdaderamente significativo; él nos dice cómo, entre sus andanzas de viajero, el ejercicio de la vocación

literaria y el tributo pagado a la política, su autor ha hallado huelgo para meditar estas páginas, tan pulcramente escritas, en relación con la futura cultura de América.—HÉCTOR VILLAGRÁN BUSTAMANTE.



PIEDRAS Y SOL, por *Sady Zañartu*.—Prensas de la Universidad de Chile, Santiago.

Cada día nos interesa más esta cosa autóctona indoamericana. Y es que, a medida que se va estructurando más cada día lo indoamericano, a medida que van apareciendo, bajo la taumaturgia de la adivinación y de la observación, las vértebras arcaicas de esas culturas soterradas por el tiempo, se nos van revelando, más interesantes, los detalles ignorados de una avanzada civilización.

Recién, no más, nos daba el peruano Luis Alberto Sánchez, una visión ideológica (estamos esperando la realización formal o arquitectónica) de la cultura en América. Ahora, Sady Zañartu, chileno inquieto y viajero, como todos los chilenos, pero que les da movimiento a sus inquietudes, escribe una visión sentimental del Altiplano. «Piedras y Sol», (título bien justo dentro de una vaga poesía, aunque nosotros hubiésemos quizás preferido «Piedras, Agua y Sol») es una interpretación personal, vale decir, una adivinación, del misterioso pasado de los Incas.

Se aleja, el viajero, de los sonoros aires marinos y va ascendiendo, con el mirar expectante y la memoria removida de recuerdos, la escalinata monumental de los Andes. Desde cada tramo de la sierra, a través del aire ensimismado y transparente, el ojo va sondeando el panorama: un panorama de piedras y de sol, bajo cuya dureza luminosa corren aún las aguas latentes del